



JULIO CÉSAR MONTANÉ MARTÍ

CAROLINA ROMERO

Quiero compartir con los lectores al Julio Montané que conocí.

A lo largo de más de 25 años me unió una entrañable amistad con Julio y Helga Krebs, su compañera de vida. No puedo pensar ni sentir a uno sin el otro: muchas vivencias, aventuras y aprendizajes han quedado grabados en mi memoria.

Al inicio fui una más de las personas jóvenes que visitaban la casa de los Montané Krebs, ubicada en la avenida Centenario número 50. Éramos algunos los que asistíamos con invitación a compartir alimentos y bebidas porque Helga decía que, como vampira, prefería la sangre joven. En esas reuniones ella vio algo en mí y decidió convertirme en un miembro más de la familia; lo digo convencida, conocedora de sus grandes alcances para construir amistades. Con la disciplina que la caracterizó, provocó que yo visitara su casa al menos dos veces por semana y me reportara telefónicamente casi todos los días; me subió a su ring de pareja, en el que se discutían ideas, proyectos, viajes y se forcejeaba por el quehacer diario donde, por cierto, cada uno tenía definidas sus tareas.

Helga siempre fue la directora de orquesta, ella ponía la sal, el azúcar y la pimienta en la mesa, tanto así que, en una ocasión, una gran amiga mutua dijo: Julio y Helga son una gran pareja porque Julio siempre está a su disposición y se esmera en atenderla, itamaña lección que nos dio!

En ese escenario Julio fue un torbellino, como bien lo describió Juan José Gracida durante esas horas de invaluable compañía en los pasillos del hospital. Estoy segura que Julio se decía a sí mismo que no poseía una filosofía, sino nervios. Muchas veces dijo: “soy un neurótico realizado”.

Los que lo conocimos recordaremos sus largos discursos, verdaderas cátedras, moviéndose de un lado a otro, donde el pesimismo casi podía confundirse con un estado de ánimo, a no ser por la vitalidad que le imprimía a cada palabra. Por decirlo de alguna manera, Julio fue pesimista de concepto y

no de humor; llegué a entender que la falta de optimismo fue la forma con la que decidió asaltar mentes, trastocar pensamientos e incitar a la lectura para el conocimiento; fue la forma de invitar a los demás a razonar sobre “cómo va el mundo”. Por ello quizá siempre lo acompañó la pena de que sus alumnos no leyeran, o no leyeran lo suficiente.

Nunca disminuyó su curiosidad de saber, consciente de que cada día físicamente le costaba más satisfacerla, tanto por el debilitamiento de sus energías intelectuales, como por la rapidez vertiginosa en la que la humanidad está conquistando nuevos conocimientos. Llegó a expresarme, con profunda tristeza, su temor a perder sus capacidades cognitivas; y cómo no, si devorar, reflexionar, cuestionar, debatir, proponer, atesorar y escribir libros fue la razón de su existir.

Al final de la carrera de su vida supo que, junto con la Preciosa, como llamaba a Helga, dejaron una gran huella en este lugar del planeta donde diversas circunstancias los trajeron a vivir y morir. Si me preguntan cuál es la importancia de su legado, de manera egoísta y sin demeritar el valor intelectual y artístico de su obra de la que pueden y deben hablar los expertos en la materia, les diré que, entre las redes que Helga tejió - porque ella fue ante todo una tejedora, basta ver muchas de sus obras-, están las grandes amistades que ambos, Julio y Helga, Helga y Julio, nos heredaron.

Julio me pidió que lo llevara al INAH antes de su cremación - sobra decir lo que para él significaba el Instituto- pues, ante todo, consideró que era la forma correcta de despedirse de sus colegas, compañeros y compañeras de trabajo con quienes, durante cuarenta años, sostuvo largas y fructíferas discusiones y no pocos descubrimientos de gran valor histórico.

De parte de Bruno y Álvaro Montané, de Humberto Ruíz y de la mía, agradezco profundamente el apoyo solidario, preciosa joya, que recibimos para cumplir una de sus últimas peticiones.

Enero 2014.